

## **Los populismos en América Latina: orígenes, mitos y tendencias**

*Torcuato S. Di Tella*

El concepto de populismo tiene una larga tradición sociológica que conviene rescatar, y que data de hace más de un siglo, para referirse a movimientos políticos de fuerte apoyo popular pero sin una ideología socialista. Últimamente a menudo se lo usa, periódicamente, para referirse a una gama excesivamente amplia de fenómenos, incluso para designar a políticos conservadores que apelan a los sentimientos o los prejuicios populares pero que están incuestionablemente anclados en el *Establishment*, como en su momento Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Aunque no es cuestión de discutir por palabras, este uso excesivamente amplio del término no es útil, porque puede ser aplicado prácticamente a cualquier dirigente capaz de

ganar una elección. Por otro lado, el fascismo, aunque en general muy capaz de movilizar a las masas —o a cierto tipo de masas—, debe ser considerado en otra categoría, lo que no impide que tenga puntos de contacto con el populismo. Es mejor emplear el término *populismo* para referirse a expresiones políticas que tienen la capacidad de estimular a la acción de masas con poca organización autónoma, lanzándolas contra los privilegios de las clases más acomodadas, aún cuando un sector de las elites se les pliega, o contribuye, a dirigir las.<sup>1</sup>

Los casos mejor conocidos vienen de América Latina, especialmente de la Argentina (peronismo), Brasil (varguismo), Bolivia (Movimiento Nacionalista Revolucionario y Movimiento al Socialismo de Evo Morales) y México (los herederos de la Revolución, especialmente Lázaro Cárdenas en los años treinta), con una variante más liberal o democrática en Perú (aprimismo) y en Venezuela (Acción Democrática), o versiones más autoritarias en esos mismos países, con Ollanta Humala y Hugo Chávez. En el Ecuador, Rafael Correa es un reciente añadido. En Cuba, Fulgencio Batista fue otro practicante temprano, y sin duda Fidel Castro es una expresión del mismo tipo de relación entre líder y seguidores, basada en un vínculo carismático tanto o más que en consideraciones ideológicas. Los movimientos xenófobos, casi desconocidos en nuestro continente pero con bastante presencia en la escena europea, son también a veces caracterizados como “populistas”, pero deben ser puestos

en otra categoría, pues no están dirigidos contra los grupos dominantes sino más bien contra sectores humildes, a los que ven como amenazantes. Es cierto que tienen un cierto poder atractivo hacia las clases obreras nativas, y antagonizan a sectores de la burguesía liberal y la *intelligentsia*, pero sus enemigos no se encuentran predominantemente entre las clases altas. De hecho, están más cerca del fascismo, pero para no incurrir en terrorismo terminológico es mejor llamarlos “nacionalistas radicales”, o “derecha radical”.

De particular importancia es diferenciar entre fascismo y populismo, confusión demasiado generalizada en ambientes del Primer Mundo. Entre nosotros, Gino Germani, aunque muy influenciado por las teorías de la sociedad de masas, y en particular por el pensamiento de Karl Mannheim y de Theodor Adorno, se esforzó por diferenciar entre los fenómenos europeos y los populismos, en particular el peronismo, y en detectar el grado en que los trabajadores experimentan bajo este tipo de régimen un sentimiento de real libertad ante los patrones, y logran “una conciencia de su propio significado como una categoría de gran importancia dentro de la vida nacional, capaz de ejercer cierto poderío”. Pero al mismo tiempo enfatizó variables como el autoritarismo psicológico, que habían sido estudiadas por Theodor Adorno. Este mismo autor, en un texto escrito junto con Max Horkheimer, argumentaba que sus estudios procuraban entender “las características psíquicas inconscientes, gracias a las cua-

les puede obtener apoyo una política que contradice los intereses racionalmente entendidos por la masa”.<sup>2</sup> Hace ya casi cien años Augustin Hamon, teórico anarquista, tomaba en cuenta este tipo de variables, al señalar que “en Andalucía se es anarquista por temperamento; en Cataluña por convicción conscientemente elaborada”; mientras que en los Estados Unidos “la disciplina militar de los socialdemócratas sólo puede convenir a los alemanes emigrados impregnados aún de sus costumbres, de sus tendencias nacionales y de raza”.<sup>3</sup> En un enfoque más reciente, Scott Mainwaring y Eduardo Viola se refieren a la sintonía de los nuevos movimientos sociales hacia “las orientaciones afectivas, las relaciones expresivas, y la organización horizontal”, contrastándola con la preferencia de los movimientos más viejos (especialmente sindicatos) hacia “las preocupaciones materiales, las orientaciones hacia el Estado, y la organización vertical”.<sup>4</sup>

No todos los países han tenido fenómenos duraderos de este tipo, sin embargo. Chile y Uruguay son las excepciones más notables. Por otra parte, Brasil, tierra clásica del populismo, ha visto casi desaparecer al varguismo, reemplazado por una serie de movimientos regionalistas y de centro pragmático (por no darles el feo epíteto de “fisiologistas”), y por un fenómeno nuevo, el izquierdista Partido dos Trabalhadores. Éste constituye una organización muy estructurada, más parecida a los partidos socialdemócratas o ex-comunistas de Europa Occidental que a los populismos que proliferaron o aún proliferan en esta parte del mundo.<sup>5</sup>

De todos modos, se puede decir que el populismo tiende a tomar el lugar de lo que sería un movimiento laborista o socialdemócrata —o de un partido como el Demócrata norteamericano— si las condiciones económicas y culturales estuvieran más maduras. Con el mayor desarrollo económico y cultural lo más probable es que se dé una convergencia entre los fenómenos populistas y los socialdemócratas o laboristas del Viejo Continente, cada uno, claro está, a una velocidad distinta, y con pautas específicas para cada país. Sobre este tema volveremos, pero, mientras esa convergencia no se dé, lo típico de un país de la periferia, en etapas intermedias de desarrollo, es que las tensiones sociales generen minorías insatisfechas, fuertemente tensionadas, en las partes altas y medias de la pirámide, incluyendo en algunos casos al clero y las Fuerzas Armadas. Esto las lleva hacia un antagonismo contra el *status quo* existente, y por lo tanto a buscar una coalición con los sectores populares, que comparten esos antagonismos, aunque por motivos distintos. La presencia de esos sectores medios o altos anti-*Establishment* en la coalición popular hace la diferencia con la pauta socialdemócrata o laborista, donde pueden estar presentes miembros de esos grupos pero en proporciones mucho menores, y más a título individual que grupal.

En los populismos clásicos, entonces, encontramos las siguientes tres características:

1. Una *elite anti-status quo* que los dirige, que en general es una minoría de los estratos altos o medios,

o de grupos funcionales como las Fuerzas Armadas o el clero, que está intensamente conflictuada con los sectores dominantes de su propia clase.

2. Una masa que ha roto con sus lealtades tradicionales a sus superiores jerárquicos, lo que se puede definir como *movilización social*, pero que aún no ha adquirido suficiente experiencia organizativa autónoma.
3. Una *vinculación carismática* entre la elite dirigente, o un miembro representativo de la misma, y la masa ya movilizada pero aún con escasa experiencia de organización autónoma.

Para una adecuada caracterización de un fenómeno populista hay que tomar en cuenta, por lo tanto, los dos factores que entran en juego, o sea, lo que pasa a nivel de las elites, y lo que sucede en el más amplio escenario de las clases populares. A eso vamos ahora.

### **LAS ELITES ANTI-"STATUS QUO": ¿GENERACIÓN ESPONTÁNEA O DETERMINACIÓN ESTRUCTURAL?**

Una elite es un grupo que sin ser masivo puede ser bastante amplio, o sea, está formado por algo más que un par de individuos geniales, "carismáticos" o lo que fuere, y su inmediato entorno. De todos modos, una elite, en el sentido sociológico de la palabra, *no coincide* con alguna clase o subclase social, definible en términos ocupacionales o económicos. Sin embargo, a menudo es posible determinar los *espacios en la pirámide social* que por las

tensiones a que están sometidos se convierten en campo preferencial de su reclutamiento.

Un ejemplo de esta temática es el planteo que hace James Brennan en un trabajo reciente, en que me asigna la afirmación de que una elite “compuesta esencialmente de nuevos industriales” fue un factor central en el apoyo al golpe de 1943. Enseguida agrega que según estudios o análisis posteriores de varios autores ese apoyo habría sido inexistente, o muy débil, o aún lo contrario, o sea una oposición. Después Brennan pasa a describir de manera muy interesante las vinculaciones entre industriales y gobierno peronista y termina reconociendo, de manera algo contradictoria, que “la tesis de Di Tella y de Murmis-Portantiero (que según él la tomaron de mí), aunque ha sido muy magnificada, no debería ser descartada como completamente errónea”. O sea, sería errónea, pero no completamente. Yo prefiero pensar que sería correcta, aunque no del todo. Pero aclaremos un poco los conceptos.<sup>6</sup>

Es cierto que yo sostengo que el ambiente de ideas predominante entre industriales (más otros grupos) en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial fue un factor que contribuyó a la formación de la elite peronista. Eso no implica de modo alguno que una mayoría de los empresarios industriales haya estado detrás del golpe de 1943, pero sí que con sus actitudes contribuyeron a la formación de un grupo social, o elite, que llegó al poder y del cual emergió Perón. Para que esto ocurriera, claro

está, se precisa que una cierta cantidad de esos industriales hayan estado involucrados, directa o indirectamente, en el proceso. Qué porcentaje es necesario para que el fenómeno exista, es difícil decir. Pero tiene que ser bien mayor que el que se da en fenómenos socialdemócratas o laboristas, aunque ahí también se los encuentra. Además, aparte de sus números, hay que ver qué vinculación con el resto de su clase tienen los personajes en cuestión, para diferenciar entre lo que es una preferencia individual, de lo que constituye una acción en defensa de intereses sectoriales concretos. Así, por ejemplo, un Friedrich Engels no puede ser considerado como representando a un sector o subsector de los industriales británicos de su tiempo.<sup>7</sup> En cambio a Miguel Miranda y a Rolando Lagomarsino sí se los puede syndicar de esa manera, aún cuando no gozaran del apoyo de la mayoría de su clase, ni siquiera de su sector o subsector, que seguramente estaba sometido a presiones contradictorias, que desgranaron sus filas. Admito que estamos en un terreno de difícil determinación, y aún más problemática medición, pero desgraciadamente la realidad es así.

### **CARACTERÍSTICAS DE LAS CLASES POPULARES: EL CONCEPTO DE MOVILIZACIÓN SOCIAL**

En cuanto a las clases populares, una cosa es su incorporación a un determinado grupo político, y otra su disponibilidad a dialogar con él. Los Radicales, a pesar de su innegable apoyo electoral en tiempos de Hipólito

Yrigoyen (presidente, 1916-1922 y 1928-1932), nunca formaron una dirigencia propia en el campo obrero, a diferencia de la muy numerosa que tenían las corrientes de izquierda, y la que luego tuvo el peronismo. En estudios recientes se ha puesto el énfasis en el hecho de que algunos de los dirigentes *sindicalistas revolucionarios* (en el sentido soreliano de la palabra) de hecho actuaban como si fueran parte del Partido Radical, pero ésta es una interpretación que magnifica y distorsiona los hechos. Incluso se ha señalado la cercanía de la CGT con el oficialismo durante la “década infame”, lo cual puede ser útil para corregir interpretaciones simplistas de esa década, pero tampoco indica una conexión orgánica entre el gremialismo y los sectores gobernantes. En realidad hubiera sido muy sorprendente que gobiernos o partidos claramente conservadores, por más socialmente orientados que fueran, como los de los caudillos bonaerenses de los años treinta Alberto Barceló o Manuel Fresco, consiguieran formar un grupo propio de dirigentes sindicales. Otra cosa son las negociaciones, visitas y demás gajes del oficio de dirigente, que no hay que confundir con una común pertenencia a un movimiento político.

De todos modos, para comprender mejor la forma de vinculación de las clases populares a un determinado liderazgo político hay que introducir el concepto de *movilización social*, uno de cuyos posibles indicadores, pero uno sólo, es la cantidad de gente de reciente origen rural o de pequeños pueblos que forma parte del grupo

analizado. Es cierto que la gran cantidad de migrantes internos que se dio en la Argentina ya durante el fin de los años treinta, y sobre todo durante la guerra, otorgó a ese fenómeno un rol central, como lo señaló Germani. También es un hecho que en otros países de la región, en procesos parecidos, la presencia inmigratoria interna era muy contundente, especialmente en el Brasil, que protagonizó el *queremismo* durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, para la teoría de Germani, el concepto central no es el de migración interna, sino el de la movilización social. Como yo también adopto este concepto como central —aunque complementado por el de formación de elites anti-*status quo*, y de alianzas entre actores sociales— trataré de aclarar su significado.

La problemática de base que provoca esta teorización está en la hipótesis marxista acerca de los efectos sociales, culturales y políticos del desarrollo industrial y urbano. O sea, los efectos de la modernización, si se la quiere llamar así. Se puede, al respecto, decir que Marx mismo fue en algún sentido de la palabra un “teórico de la modernización”, o hasta del contraste entre “civilización y barbarie”. Para Marx, mientras no hubiera desarrollo industrial y tecnológico avanzado sería imposible esperar que la clase obrera asumiera una actuación política independiente. Esto era porque los prestigios y el poder de las clases más elevadas fácilmente integrarían como clientela a los sectores populares, rurales o urbanos, viejos o nuevos, en ausencia de la experiencia

sindical y política adquirida en unidades productivas altamente tecnificadas. Claro está que bajo condiciones de agudas crisis económicas, o bélicas, o eventualmente de conmociones de tipo cultural o religioso, podrían darse rebeliones de la miseria, o de esclavos, o luchas campesinas. Pero todas éstas, en el enfoque marxista, estaban destinadas al fracaso, o a un éxito aparente, capitalizado por las elites que las dirigían. Una de las formas en que comúnmente se da la rebelión en zonas tradicionales impactadas por la modernización (con o sin migración a centros urbanos) es el mesianismo religioso, que es una forma de canalizar la anomia imperante en esas condiciones, que también existe en ambientes más tradicionales aún no alcanzados por las nuevas corrientes sociales. Por cierto que, bajo determinadas formas de impacto modernizador en ambientes muy tradicionales, se pueden formar elites anti-*status quo* con ideología milenarista, que puede constituir una innovación dentro de los cánones de sus ideas religiosas antiguas, como entre los tobas y mocovíes del Chaco, que protagonizaron rebeliones en 1924 y 1933. Otra forma en que se da la reacción es el bandolerismo, eventualmente de contenido social.<sup>8</sup>

De hecho, las principales revoluciones inspiradas por el marxismo han demostrado que las fuerzas capaces de desarmar el sistema de control social capitalista o precapitalista pueden generarse en contextos para nada parecidos a los que Marx suponía. Se dio en esto una paradoja o ironía histórica, porque esos procesos, aunque

realizados bajo advocación ideológica marxista, de hecho representaron enfrentamientos que no son los de la clase obrera contra la burguesía, ni tampoco de una alianza entre la clase obrera y el campesinado contra esa burguesía. El enfrentamiento fue el de una elite político-social reclutada en los más diversos estratos sociales, contra las clases dominantes burguesas y restos feudales. Lenin es el gran teórico de la formación de ese tipo de elites revolucionarias, y su Biblia, el libro *¿Qué hacer?* (1902). Pero no dio atención al hecho de que esa elite, una vez alcanzado el poder, se aferraría a él, dando origen a una nueva clase social dominante (que no capa, ni estrato, ni mucho menos mera “categoría”), la burocracia.

Es cierto que la elite revolucionaria exitosa, aún en esos casos premodernos, o semimodernos, ha tenido el apoyo de importantes núcleos obreros y campesinos. Pero éstos han actuado de manera dependiente, “heterónoma”, en el proceso, lo que explica la relativa facilidad con que luego fueron sometidos, usándose una ideología que de revolucionaria se convirtió en justificadora de un nuevo sistema de dominación clasista. O sea que, paradójicamente, el éxito y posterior transformación de la Revolución Rusa y de la China demostraron la validez de la tesis marxista de que bajo condiciones de escasa modernización es imposible un fenómeno de organización popular autónoma en escala masiva, revolucionaria o no. Lo que ocurrió no fue una revolución socialista de la clase obrera, ni campesina, luego “traicionada”, sino

algo más parecido a una tardía transformación capitalista, bajo la variante del capitalismo de Estado, o colectivismo burocrático, o como se lo quiera llamar.<sup>9</sup>

En regiones de la periferia caracterizadas por el atraso social,<sup>10</sup> las clases medias, aunque sin desaparecer, experimentan situaciones de inmiseración, descenso social, o expectativas frustradas, lo que las vuelve más antagónicas al *status quo* imperante. Por lo tanto, los sectores medios que más experimentan esas tensiones (incluyendo a veces al clero y la milicia) pueden ser parte de una coalición revolucionaria, o al menos anticonservadora, quizás con apoyo popular. Y casi seguramente serán sus líderes y creadores privilegiados de un nuevo sistema de dominación.

En situaciones de mayor desarrollo urbano, educacional y de comunicaciones, la clase obrera tiende a actuar autónomamente o aliada con actores como las clases medias progresistas, o la *intelligentsia*, que no tienen mucho peso propio comparado con el del sindicalismo obrero, y que no pasan por situaciones angustiosas respecto a su modo de vida. A esos aliados del sector popular no los caracterizo como elites anti-*status quo*, aunque en alguna medida sean una elite (sobre todo la *intelligentsia*) y tengan motivaciones anti-*status quo*. Pero se diferencian de las que típicamente se incorporan a fenómenos populistas en que están menos motivadas por factores de inseguridad económica o angustia por mantener su *status*, y más bien operan por motivaciones ideológicas,

dependiendo menos para su nivel de vida del éxito de los fenómenos políticos en que se incorporan. Así, la intelectualidad o la clase media progresista, en países en que no sufren serias frustraciones, pueden orientarse a la alianza popular, pero no cifran en esa opción sus posibilidades de sobrevivencia económica o de *status*. En cambio, en lo que he denominado elites anti-*status quo*, hay una ruptura mayor con el sistema existente —aunque ellas estén ubicadas en niveles medios o aún altos de la estratificación social— pues se encuentran inseguras o amenazadas en su forma de vida. Los ejemplos van desde el clero musulmán en el Irán monárquico hasta más de un grupo de militares de graduación media en países de la periferia, y desde ya los clásicos sectores de alta educación pero bajas posibilidades ocupacionales, entre quienes se reclutan los revolucionarios (que, en cambio, no son típicos de la intelectualidad de las regiones más desarrolladas y prósperas).

En el caso de los países de mayor desarrollo, en que no es usual que se formen elites anti-*status quo* en los sectores medios o altos, se forma en la parte alta de la pirámide una coalición conservadora, con capacidad de integrar a gran parte de las clases medias —sólidas y confiadas en su posición social— y a bastantes *working-class Tories*. Ahora bien, este tipo de polarización derecha/izquierda a menudo tarda en darse, debido a que la asunción de conciencia política por parte de los estratos bajos y sus aliados es un proceso dificultoso, que exige

avances claros en el desarrollo industrial, educativo y de las comunicaciones. En la medida en que amplios sectores de esas clases populares estén aún sometidos a los influjos tradicionales de los notables lugareños o de sus equivalentes urbanos, seguirán siendo una masa de maniobra para políticos conservadores, o de partidos centristas de clase media, o regionales.

Al proceso de ruptura de ese control social conservador se lo puede llamar *movilización social*, término que ha sido usado de manera diversa en la literatura. En este trabajo lo emplearé en el sentido que le han dado Karl Deutsch y Gino Germani, entre otros.<sup>11</sup> La movilización social, en esta interpretación, implica simplemente la ruptura de lazos comunitarios tradicionales y de deferencia hacia las jerarquías sociales. No implica necesariamente un nuevo activismo, aunque no es incompatible con él. La formulación más temprana del concepto, sin darle ese nombre, es la de Adam Smith, que sigue siendo válida, una vez que se corrige su perspectiva de dómine moralista:

Mientras [el migrante] permanece en una aldea rural su conducta es registrada por los demás, y él mismo puede verse obligado a responsabilizarse por ella. Sólo en esta situación tiene lo que puede llamarse una reputación que perder [*a character to lose*]. Pero apenas llega a una gran ciudad, se hunde en el anonimato y la oscuridad. Su conducta ya no es observada por nadie, de manera que puede fácilmente despreocuparse, y abandonarse a todo tipo de desenfreno y vicio.<sup>12</sup>

Algunos autores usan el término *movilización* para denotar la puesta en actividad de un determinado grupo social decidido a luchar por sus intereses y sus concepciones de la vida. Para Tilly es un primer paso hacia algo más contundente, y por eso ha llamado a su libro que trata el tema *De la movilización hacia la revolución*. También en el lenguaje diario se usa a menudo el término de *movilización* para señalar una actividad orientada claramente a ciertos fines, por ejemplo, concentrarse en la plaza para protestar por algo, o cortar las rutas, u organizar una huelga. Yo prefiero emplear para eso el concepto de *movilización política*, aunque no es necesario entrar en una discusión terminológica. Creo sí que hay que señalar la existencia de un gradiente que no tiene porqué coincidir con una secuencia evolutiva histórica real, en tres tiempos:

1. Ruptura de vínculos tradicionales: *movilización social* en el sentido germaniano, aquí adoptado.
2. Agitación hacia objetivos de lucha, en una serie de primeras experiencias aún no de tipo revolucionario: *movilización*, en el sentido de Tilly; *movilización política*, como lo uso en estas páginas.
3. Involucración política más confrontacionista: *revolución*, para Tilly. De hecho, sin embargo, hay muchas formas alternativas de confrontación, incluso clasistas, que no tienen porqué ser violentas, y que incluyen a la variante socialdemócrata y a la populista.<sup>13</sup>

La movilización social de masas sin mucha experiencia de organización implica una *puesta en disponibilidad*, concepto usado por Germani. Mientras no se adquiriera una sólida organización autónoma, lo más usual será la incorporación en movimientos populistas, con un liderazgo que podemos caracterizar como *caudillista movilizador*. Usando otro lenguaje teórico, Ernesto Laclau también se refiere a esta interacción entre un individuo, o grupo, dirigente, y una masa o “‘sujeto’ interpelado y por lo tanto constituido a través de este discurso”.<sup>14</sup>

Una vez que las masas acumulan experiencia organizativa propia, ellas pueden pasar a tener una expresión más autónoma, sea en partidos socialdemócratas, o en coaliciones menos ideologizadas y algo más policlasistas, como el Partido Demócrata norteamericano.<sup>15</sup> En otras palabras, para la adquisición de una conciencia de clase no basta la ruptura de vínculos tradicionales, o sea, no es suficiente la movilización social. Se necesita además la experiencia organizativa autónoma, sea de raíces marxistas o pragmáticas, proceso que no va necesariamente a la misma velocidad que el de la movilización social. El quiebre de estructuras tradicionales de control se da de manera más rápida en países de la periferia sometidos a influencias internacionales, que lo que se experimentó en su tiempo en el caso europeo occidental, sobre todo en el paradigmático de Gran Bretaña. Como ese país fue el que inventó la Revolución Industrial, le llevó más tiempo absorber a su población rural.

La parte de la población obrera urbana de reciente origen rural es alta en etapas iniciales y medias de industrialización, cuando se da un gran incremento del tamaño de las ciudades, basado en migraciones internas o internacionales. En el caso argentino la población trabajadora urbana a comienzos del siglo XX tenía también un alto componente de origen campesino, pero en su gran mayoría eran extranjeros, sus raíces rurales eran transatlánticas, y no tenían el voto. Por esas razones ellos no podían integrarse en un amplio movimiento político de tipo movilizacionista nacional. Lo que sí podía ocurrir, y de hecho ocurrió, es que ellos fueron la base de un frente de protesta social, pero con fuertes elementos anómicos, de espontaneísmo, eventualmente canalizables por elites organizadoras de su propio *status* social, lo que no da lugar a los típicos fenómenos populistas. Para que ello se diera hubiera sido necesaria, además, la existencia de una elite anti-*status quo* en los sectores medios o altos de la pirámide social, lo que debido a la expansión económica no se daba, y aún si se hubiera dado le hubiera sido difícil conectarse con una masa culturalmente distinta, y que por ser extranjera no sólo carecía del voto sino que se sentía menos comprometida con la temática político-institucional del país que si hubiera sido nativa.

En varios casos europeos de los inicios de la industrialización, también hubo un gran incremento de categorías ocupacionales urbanas, o industriales, lo que podría haber generado la base de un populismo, y de hecho

algo de ese tipo se dio en Francia con el bonapartismo. En Inglaterra o en Alemania expansiones también muy grandes no dieron ese efecto, posiblemente por falta, en niveles medios y altos, de las necesarias elites que pudieran cumplir un rol dirigente, o por el menor grado de movilización social del campesinado, que en cambio en Francia había protagonizado las alteraciones de la Revolución, con su ruptura del orden feudal, y de las guerras internacionales. En Italia hubo también una gran expansión urbana, que se vio reflejada en el incremento de sindicalización, ambos estimulados también ahí por la guerra. La Confederazione Generale del Lavoro, de orientación socialista, había aumentado sus números de manera relativamente modesta, desde 190.000 en 1907 hasta 249.000 en 1918, para saltar a la increíble cantidad de 1.159.000 en 1919 y de 2.320.000 en 1920. Obviamente que todos esos nuevos reclutas no eran gente con experiencia sindical, y bastantes de entre ellos terminaron plegándose al fascismo, aunque nunca fueron la principal base de ese movimiento.<sup>16</sup>

En los países de la periferia se da con particular intensidad y rapidez el fenómeno de la *sobreurbanización*. Él se debe a las condiciones deterioradas de la vida rural en estos países, y a la explosión demográfica, de proporciones nunca vistas en el Primer Mundo. Como al *pull* de las ciudades se suma el *push* de la miseria rural, la sobreurbanización supera la capacidad integradora de la industria, y se da también una sobreterciarización, un

amplio estrato de pequeños comerciantes, cuentapropistas, servicios y demás, sin contar los directamente marginales, desocupados o subocupados. Se crea así un proletariado urbano de reciente origen rural o de pequeños pueblos, sin experiencia organizativa industrial, y que ha roto sus vínculos y lealtades jerárquicas tradicionales, a menudo incluso la familia, y que experimenta las más diversas formas de anomia. A menudo entre los migrantes, internos o externos, una gran cantidad viene sin la familia, lo que incrementa la “puesta en disponibilidad” para las más diversas cosas.<sup>17</sup>

Los datos demográficos son los más fáciles de medir, mientras que sólo inferencias indirectas sirven para determinar el grado en que una persona está aún sometida al sistema deferencial jerárquico, sobre todo para períodos históricos algo lejanos, y aún en la actualidad. La migración del campo a la ciudad es un fenómeno con alta probabilidad de producir rupturas en el caparazón tradicionalista, pero esa ruptura también puede darse sin salir del ámbito rural o pueblerino, a través de los diarios, la radio, la televisión, o las aumentadas comunicaciones de todo tipo. Desde ya, una guerra con fuerte reclutamiento es un fenómeno de gran movilización social, sin que sea acompañado necesariamente de autoorganización, como durante los episodios previos a la Revolución Rusa.

Las movilizaciones populares son, por lo tanto, un conjunto muy heterogéneo de fenómenos. No sólo pueden ser dirigidas por elites de izquierda, como en los casos

citados, sino por otras de derecha o de origen social más alto. Pero, a pesar de ese tipo de conducción, están lejos de ser lo mismo que el conservadorismo clásico, que se basa en las clases altas y medias, el clero y la milicia, a las que puede sumar una masa rural, o también urbana, pero no movilizada. La diferencia, por otra parte, entre un conservadorismo clásico y un caudillismo movilizador no sólo estriba en el tipo de masas a las que apelan, sino en la naturaleza de sus elites dirigentes. En el conservadorismo tradicional, incluso cuando tiene componentes no sólo de notabiliado local sino de clientelismo popular, los dirigentes no tienen motivaciones anti-*status quo*, aún cuando pueda haber una cierta lucha de facciones dentro de las clases altas (por ejemplo, entre conservadores y liberales). En cambio, en los caudillismos movilizados, se precisa no sólo de una masa movilizada, sino también de una elite con suficientes resentimientos contra el orden previamente dominante, o que canaliza tales actitudes en algunos de sus componentes.<sup>18</sup>

En América Latina la minería fue desde el principio una gran concentradora de mano de obra, y ésta es una de las diferencias que existen con la temprana experiencia norteamericana. En esas concentraciones, en general aisladas de los grandes centros de población, la situación era muy conflictiva, no sólo entre trabajadores y propietarios, sino entre una numerosa cantidad de intermediarios, comerciantes y buscadores de vetas. La conflictividad estaba dada no sólo por la fuerte concentración de traba-

jadores en unidades mucho mayores que casi cualquiera que se pudiera pensar en la época (incluso en Europa), sino por el hecho de estar aisladas de otros centros de población donde hubiera más densidad de clase media, y presencia de las autoridades y fuerzas del orden. Tales enclaves generaban lo que algunos sociólogos han llamado una “masa aislada”. El ambiente de permanente interacción entre los trabajadores y sus familias, la relativa ausencia de actividades de entretenimiento, aparte del usual maltrato, estimulaban el estallido eruptivo de demandas, huelgas, y sus correspondientes represiones.<sup>19</sup> El azúcar es típico también de este tipo de concentraciones obreras, en un ambiente mezclado rural e industrial, y lo mismo en la producción de bananas, con conflictos que han signado la historia de los países en que se asentaban, entre ellos en la costa caribeña de Colombia, que han sido inmortalizados por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. El petróleo es otro clásico concentrador de población trabajadora. Menos clásica es la industria textil, pero se la puede incluir en este grupo dadas ciertas formas de establecimiento semirural, como en muchas tempranas industrializaciones, especialmente en México, donde también hubo serios enfrentamientos clasistas a fines del Porfiriato. En algunos casos, la segregación no es geográfica sino social o barrial, como en las zonas portuarias o los frigoríficos. También en las villas miseria y en otros barrios carenciados se da una segregación residencial, pero en esos casos el resultado

no es una organización sindical, entre otros motivos porque a menudo se trata de desocupados, o en todo caso los lugares de trabajo no son únicos ni necesariamente cercanos. En esos ambientes, y en otros donde se nuclea una masa marginal o un subproletariado, se ha estado dando cada vez más una nueva forma de activismo político que en la Argentina ha tomado la forma de agrupaciones “piqueteras”, que cortan las calles como forma de protesta, o asambleas barriales cultoras de la democracia directa, que se pueden orientar hacia la protesta activa o aún violenta, o alternativamente a la recuperación de lugares de trabajo o la formación de cooperativas. Todos estos ejemplos de concentraciones de mano de obra, a menudo sin mucha experiencia organizativa autónoma y permanente —aparte de ocasionales explosiones de ira— dan la base para fenómenos populistas, o a veces revolucionarios, quizás con ideología socialista pero prácticas organizativas populistas.

### **LOS EFECTOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN**

En las ciudades latinoamericanas, ya desde tiempos coloniales, existían numerosos estratos intermedios entre las clases altas y los miserables, sobre todo en grandes centros urbanos como México, que a principios del siglo XIX tenía más de cien mil habitantes cuando Nueva York apenas superaba los veinte mil. En el medio estaban los comerciantes minoristas, algunos profesionales

y escribientes, y sobre todo los artesanos. Si todo este grupo puede ser calificado o no de pequeña burguesía, baja clase media, o aún micro clase media, es secundario. Lo importante es que en su seno se generaban actitudes sociales y políticas muy complejas, debidas a su situación “en el medio”, y además insegura, mucho más insegura que la de sus pares norteamericanos o europeos. Los artesanos tenían muchas actitudes conservadoras, debidas a su posición relativamente privilegiada aunque insegura, y frecuente asociación con la Iglesia y los poderes municipales, y además se resistían a las medidas de los liberales contrarias al proteccionismo, tan necesitado por ellos. Pero, en algunos casos, podían ser influenciados por doctrinas avanzadas, lindando con el socialismo o el anarquismo, como en la Sociedad de la Igualdad chilena (1851). Tenían sus organizaciones gremiales, muy difundidas en lugares donde existía mucha demanda de las clases altas por sus productos, como México y Lima. Con el tiempo, y por los efectos de cierta proletarización debida a la inevitable competencia de los productos importados o de la gran industria local, se radicalizaron y convergieron hacia el sindicalismo y otras formas de defensa clasista y mutual o de socorros mutuos. Se expresaron en partidos políticos como el Democrático de Chile, o en formas de liberalismo, radicalismo o socialismo, y ocasionalmente en explosiones de violencia a veces intensa.

Con el mayor desarrollo urbano e industrial, el sindicalismo cobró fuerza en todas partes, teniendo básica-

mente dos frentes de acción. Uno era el de las ciudades, donde proliferaba una gran cantidad de actividades en pequeña y mediana escala, y se mezclaban las bajas clases medias con las obreras, en organizaciones barriales muy ligadas a la opinión pública, el mundo de la cultura y el asociacionismo urbano en general. El resultado era una mentalidad moderada y reformista, aunque a veces a nivel verbal se iba más a la izquierda. En el otro frente, eran las grandes industrias, mineras, azucareras o urbanas, donde el sindicalismo tenía que darse una organización más burocrática para enfrentar a los empresarios y actuar en política representando un sector muy significativo de gente.

Con el desarrollo de la industrialización, la bipolaridad clasista fue cada vez más manifiesta, en Gran Bretaña y en las regiones desarrolladas de Europa, Japón y Australia, y lo mismo en Chile y la Argentina. En los Estados Unidos también se dio ese fenómeno, sobre todo en el Norte, aunque en ese país la heterogeneidad étnica movía algo hacia la derecha a importantes contingentes de clase obrera de origen europea. Es cierto que, además, la confrontación clasista perdió algo de su intensidad debido al mayor bienestar vigente en muchos países desarrollados y al crecimiento de actitudes “progresistas” en sectores medios, y autoritarias en los populares, éstas últimas como reacción ante la amenaza de desempleo y la inmigración desde zonas de muy bajo nivel de vida. Pero, para analizar adecuadamente el rol de las clases

sociales en la política, lo que debe hacerse es empezar por contraponer los extremos (no-ideológicos sino de organización clasista), o sea, por un lado el uno por ciento (o algo más) superior, con sus sólidas asociaciones empresarias y culturales, y por el otro lado los grupos organizados y participantes activos en el ambiente popular, o sea, sindicatos, cooperativas, y sectores intelectuales y artísticos. Todos estos últimos pueden formar quizás un diez por ciento de la población, o menos, y son tan importantes como los de arriba de la pirámide. ¿Pero qué pasa con el 80 o 90% restante de la población, el sector “del medio”, que no es sólo la clase media sino gran parte de los estratos populares menos organizados? Puede pasar cualquier cosa, son una versión masiva del “*marais*” de las asambleas revolucionarias francesas, o de los políticos “fisiologistas” brasileños. Esa masa, tironeada desde uno u otro lado, es la que a menudo arruina las correlaciones.<sup>20</sup> El conflicto de clases en algunos casos bien puede todavía terminar en revoluciones sociales de envergadura, aunque basadas en una constelación de alianzas entre clases, subclases y elites, bien distinta a la más simple, que Marx consideraba iba a darse, o que sus seguidores supuestamente “ortodoxos” creen ver.

### **EL LUGAR DEL POPULISMO EN LOS SISTEMAS DE PARTIDOS POLÍTICOS**

Para terminar, es necesario poner un poco de orden en el maremágnum de partidos que existen entre nosotros,

para ver dónde puede calzar el populismo, o, más bien, los diversos populismos. La clasificación, ya desde los tiempos de Linneo, sirve para detectar empíricamente tendencias evolutivas, o posibilidades de cambio, sobre las cuales construir una teorización más exigente.<sup>21</sup> He aquí el elenco.

a) *El sistema bipolar clásico conservador-liberal.*

La cristalización más típica de este sistema se dio por mucho tiempo en Colombia, Ecuador, Chile y en la temprana historia de Cuba y de América Central, así como en el Brasil imperial. Un Partido Conservador, ligado a la Iglesia y a intereses terratenientes, se enfrentaba con uno Liberal, laicista y vinculado a la emergente clase media y también a sectores agrarios, a veces regionales, o más volcados a la exportación. La ubicación de los sectores comerciales urbanos dependía del contexto. En la mayor parte de los casos optaban por el Liberalismo, pero podían ser la base del Conservadorismo, sobre todo cuando eran oriundos de la ex potencia colonial, como en Brasil. A veces, el Conservadorismo tenía más capacidad que el Liberalismo de movilizar a sectores populares bajos, a través de la Iglesia y de algunas figuras caudillistas, así como por su mayor sensibilidad hacia las necesidades proteccionistas de los artesanos. Por las mismas razones podía concitar el apoyo de los industriales que competían con manufacturas extranjeras. Den-

tro del Conservadorismo, en sus versiones más modernas, típicamente existía una línea de “apertura social” por vía de la doctrina social de la Iglesia, mientras que en el Liberalismo a menudo actúan corrientes de simpatía socialista. Una versión algo diferenciada de este esquema se dio en Uruguay, con su Partido Blanco, rural y católico, contra el Colorado, más urbano y anticlerical, prácticamente hasta tiempos recientes, en que apareció un tercero en discordia, el Frente Amplio izquierdista. La bipolaridad Conservadora-Liberal es parecida —bajo condiciones sociales distintas— a la que tuvo vigencia en Gran Bretaña durante gran parte del siglo XIX. En general implica que los enfrentamientos sociales más salientes son los que separan a sectores dentro de las clases altas o medias. Los estratos populares actúan como apoyo, clientelísticamente, respetando las jerarquías existentes, con poca movilización social y escasa organización autónoma. En la medida en que la adquieren, tienden a manifestarse disconformes con las expresiones políticas tradicionales, y buscan canales propios, o al menos que impliquen una innovación significativa respecto a los cánones conocidos.

- b) *El sistema conservador-liberal ampliado hacia el radicalismo y el socialismo.* Con el desarrollo urbano, industrial y educativo, los países donde se había asentado la bipolaridad Conservadora-Libe-

ral a menudo fueron desarrollando formaciones más hacia la izquierda, basadas en las clases medias —que se autonomizan respecto a su temprana identidad liberal— y luego en la clase obrera. Es así como se agregan un Partido Radical, primero, y más tarde uno Socialista o Comunista. Esta evolución es la más parecida al modelo europeo occidental. En América Latina el caso típico de esta extensión del espinel político es Chile. La clase media, al crecer y tener más confianza en su capacidad de acción, forma un partido propio, a veces aliada a grupos empresariales más altos, caracterizados por su condición periférica en la arena nacional. En cuanto al Socialismo, éste emerge estrechamente ligado a las organizaciones sindicales, cuyos líderes, en su mayoría extraídos de las filas proletarias, mantienen una posición en el espacio social muy cercana a la de las bases, o sea, tienen una escasa burocratización.

- c) *Variantes en los partidos centristas de clase media.* En países latinoamericanos con mediano para alto desarrollo económico, urbano y educacional, es común encontrar partidos basados en la clase media, con una mentalidad democrática centrista, a veces con algunos ribetes populistas y corrientes de izquierda, pero básicamente moderados. Los Radicales son los casos paradigmáticos, en sus expresiones argentina y chilena. Los Demócrata

Cristianos han asumido este rol en varios países del área, sobre todo Chile, donde su actual rol de centroizquierda está definido por contraposición a un importante sector de derecha externo a sus filas. En Venezuela, en cambio, al no haber una fuerza considerable más a su derecha, el democristiano COPEI canalizó intereses conservadores y empresariales en mayor medida que en el caso chileno. En Brasil el rol centrista en la actualidad es desempeñado, en primera aproximación, por el PMDB, a pesar de sus orígenes varguistas, que le otorgan una cierta tradición populista. Los partidos populistas de clase media (“apristas”, que luego veremos), si en determinadas coyunturas pierden su apoyo sindical y de masas proletarias o campesinas, se pueden convertir en típicos partidos centristas de clase media. En países de alto desarrollo, como los del Primer Mundo, este tipo de partidos no abunda. Tuvieron más vigencia en épocas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Radical era el más poderoso en Francia, el Liberalismo bajo Lloyd George cumplía un rol semejante en Gran Bretaña, el Zentrum tenía gran vigencia en Alemania —flanqueado a su derecha por significativas fuerzas conservadoras y nacionalistas— y los Popolari expresaban sentimientos de amplios sectores católicos de modesto nivel socioeconómico en Italia. Pero el continuado

desarrollo de los partidos laboristas y de izquierda ha debilitado el apoyo a esta posición autónoma de las clases medias, volcándolas en general hacia una alianza o absorción en la derecha. Es así que en Alemania, por ejemplo, el antiguo Zentrum ha sido reemplazado por el Partido Demócrata Cristiano, que aglutina a las principales fuerzas conservadoras del país. En Francia el electorado que antes favoreció a los Radicales pasó, enseguida después de la guerra, por una breve etapa democristiana (Mouvement Républicain Populaire) y luego se integró en el gaullismo. El Liberalismo británico, a pesar de ocasionales resurgencias, también se ha eclipsado como alternativa de poder. Debe señalarse que en esos países la mentalidad centrista es muy predominante, y afecta a los principales partidos de cada hemisferio político, o sea, al de la derecha (moderada) y al de la izquierda (igualmente moderada), pero esto no permite la existencia de un partido genuinamente de centro, independiente de los demás.

- d) *La bipolaridad derecha-izquierda.* Este esquema es una simplificación de los dos anteriores. En un determinado momento, ante el fortalecimiento de las fuerzas sindicales y socialistas, se produce una unificación de los partidos “burgueses”, o la desaparición de uno de ellos. Es así como en Gran Bretaña, después de la tripolaridad conservadora-

liberal-laborista, que corresponde al modelo (b), se fue a una básica bipolaridad, desapareciendo o debilitándose notoriamente uno de los dos partidos del esquema anterior, en este caso el Liberal. Quedan entonces un partido basado en la mayor parte de los sectores capitalistas, pero con capacidad de cooptar a las clases medias y a una parte de las populares, sobre todo rurales; y otro anclado en los grupos obreros organizados, así como en una minoría “progresista” o intelectual de las clases medias. En los países de alto desarrollo este esquema es el más común, especialmente en Europa Occidental, Israel, Australia y Japón. A veces en cada hemisferio político en vez de un partido existe un sistema de dos o más partidos, casi permanentemente aliados. Así, por ejemplo, en Francia están las dos fuerzas de origen gaullista, y en Suecia el trío formado por los conservadores, los liberales, y los agrarios o centristas, que han formado por décadas la oposición a la socialdemocracia, con la que tienen un notable equilibrio de votos. En América Latina este modelo en general no se da. Se podría pensar sin embargo que Uruguay y Chile están al borde de que ello ocurra. Para eso en Uruguay el Frente Amplio debería consolidarse, y los dos partidos tradicionales, Colorados y Blancos, unirse permanentemente, o bien uno de ellos desaparecer o disminuir radicalmente, quizás

por división. En Chile la tendencia podría ser de tipo algo distinto. Contra la alianza de la derecha, debería fortalecerse la permanente coalición democristiana-socialista, dejando reducida a una minoría poco significativa a la extrema izquierda. Esta bipolaridad de derecha e izquierda es la que se da, en la actualidad y desde hace décadas, en casi todos los principales países industrializados, incluyendo a los Estados Unidos. En este último país la izquierda no está representada por un partido de ideología socialista, sino por uno de raíces populares y alta composición sindical, aunque más mezclado en sus apoyos sociales. Por otra parte, en algunos países las lealtades étnicas y religiosas crean divisiones que complican la básica bipolaridad a que hemos hecho referencia.

- e) *Los partidos de integración policlasista*. El caso típico de un partido que integra a fuertes sectores organizados en los diversos estratos sociales ha sido el PRI mexicano, en sus tiempos de gloria. No se trata sólo de tener adherentes en los varios niveles económicos, lo que ocurre prácticamente con cualquier formación electoral. Lo que caracteriza a estos partidos es que importantes grupos organizados, tanto del empresariado como de las capas medias y de los sindicatos y campesinos, se integran en una misma estructura, aún cuando mantengan dentro de ella ciertas diferencias.

Cuando se han dado condiciones revolucionarias, producto de una guerra civil interna, o de la lucha por la independencia contra una potencia colonial, es más fácil que se genere un partido integrador policlasista. Ello ocurre con el Partido del Congreso de la India, que pudo reunir desde fuertes capitalistas hasta campesinos, obreros, y sectores de clase media. Igualmente sucede en la mayor parte de los países africanos y los del Medio Oriente, donde prevalecen formas de “socialismo árabe”, que incorporan desde los estratos más altos de la sociedad (burócratas y militares cuando no hay capitalistas privados) hasta los más bajos. En Brasil la casi permanente alianza varguista clásica, del PSD más el PTB, vigente hasta el golpe de 1964, se parece mucho a un partido de integración policlasista. Se diferenciaba del caso mexicano en que en Brasil no hubo una revolución, lo que daba más fuerza a la derecha tradicional, externa a esta coalición. En un país en que domina una estructura de integración policlasista es común que se formen a la derecha y a la izquierda pequeños partidos que agrupan a los sectores más duros, o intransigentes, de las clases altas, o de los militantes obreros o intelectuales. Si el predominio del partido dominante se debilita, se puede ir a un sistema de tres partidos, algo parecido al que se vio en el modelo (b), aunque con un centro más poderoso, como

en México tras la victoria electoral del PAN en el 2000. Los partidos de integración policlasista, cuando tienen orígenes revolucionarios, en general han pasado por etapas tempranas durante las cuales su composición ha sido menos integradora, y se ha parecido más al esquema “aprista” o al social revolucionario —modelos (f) y (h), que veremos a continuación. Con la consolidación de la revolución, las nuevas clases dirigentes formadas en el proceso (burguesía industrial o alta burocracia) tienden a integrarse al movimiento, y llegan a dominarlo. En muchas experiencias de tipo soviético los partidos comunistas, una vez asentados en el poder, se transforman también en versiones integradoras policlasistas (de las clases post revolucionarias, por supuesto), suponiendo que mantienen su popularidad, lo que no siempre es el caso.

- f) *Partidos populistas de clase media* (“Aristas”). En países de desarrollo intermedio, es común encontrar un partido popular anclado en una convergencia de clases medias de modesta condición —a menudo provincianas— con intelectuales, clase obrera y campesinos. Lo podemos llamar “populista de clase media”, no porque esté sólo basado en la clase media (en ese caso no lo llamaríamos populista), sino porque la clase media es su columna dorsal, con más peso organizativo y capacidad de liderazgo que los sindicatos y grupos campesi-

nos, a pesar de que el apoyo de éstos es también esencial. Para un partido que no cuente con apoyo sindical organizado, es difícil entrar en esta categoría, salvo que compense esa falta con una gran votación entre sectores humildes, que pueden no estar sindicalizados, sobre todo en países donde hay poca población urbana o industrial. Hemos llamado a este modelo “aprista” en base al partido que más típicamente lo ha encarnado, y que más lo ha teorizado. Implica un apoyo policlasista, pero, a diferencia del caso anterior “integrador” (e), le falta un componente apreciable en las clases altas. Si estos partidos pierden un significativo apoyo en estratos bajos o sindicales —por motivos no meramente coyunturales— se convierten en partidos centristas de clase media, categoría distinta ya vista (c). Aparte del propio Partido Aprista Peruano, se incluyen en esta categoría Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, los partidos Revolucionario Guatemalteco (de Arévalo) y Dominicano (iniciado por Bosch), el Popular Democrático de Puerto Rico, y el MNR de Bolivia. Tienen tendencia a adoptar una ideología socialdemócrata, y muchos de ellos están asociados a la Internacional Socialista, aunque se diferencian de los partidos clásicos de la experiencia socialdemócrata europea, que dependen mucho más de la capacidad organizativa de la clase obrera.

g) *Partidos populistas obreros* (“*Peronistas*”). Una forma con algunos parecidos a la anterior —y por eso denominada “populista” al igual que ella— es la del Peronismo, y su versión brasileña, el Trabalhismo (PTB antes del golpe de 1964, y rebautizado PDT desde la democratización, pero desde entonces decaído). En estos casos, la “columna vertebral” es el movimiento obrero, que aporta gran parte de sus cuadros y estructuras organizativas, aunque por supuesto el liderazgo viene también, e incluso en su mayor parte, de niveles más altos de estratificación. Típicamente estos partidos, por su conformación, origen y apoyo social, expresan un enfrentamiento más clasista, aunque no siempre más violento, que el grupo anterior “aprista”. Les falta, proporcionalmente, apoyo en los sectores medios, que en cambio son centrales en la variante aprista. Pero se diferencian de los socialdemócratas, que veremos luego, en que poseen significativos —aunque minoritarios— anclajes en sectores de las clases altas, a menudo entre industriales y militares. El Peronismo es el caso que mejor encaja en esta descripción. El Trabalhismo brasileño se acercó a él en los últimos días de Vargas, y durante el predominio de Goulart. Por un tiempo el PDT ha mantenido su capacidad movilizacionista popular, concentrada en algunos estados, bajo la dirección carismática de Leonel Brizola, pero últimamente

ha sufrido divisiones y está en franco eclipse. A los partidos de este grupo los hemos llamado “populistas obreros” para señalar dos de sus características estratégicas. No es, por supuesto, que sólo tengan apoyo en ámbitos obreros. Lejos de ello, los partidos que siguen la pauta “peronista” tienen importantes apoyos, como se acaba de decir, en sectores altos de la población. En ese sentido, su influencia se extiende ampliamente en la gama de estratificación social del país, pareciéndose en algo a los de integración policlasista, como el PRI mexicano. Hay una diferencia muy grande, sin embargo, y es que en el modelo PRI clásico el apoyo entre los empresarios y las clases medias era muy fuerte y equilibraba al que tenía en los sectores humildes. En el peronismo, aunque desde sus orígenes ha habido significativas minorías de los estratos altos que lo apoyaban, ellas en general eran muy minoritarias en sus clases de origen, y poco legitimadas en términos de los valores corrientes en ellas. Estos partidos, como todos, pueden evolucionar en el tiempo, y a menudo se considera que el peronismo ha tendido, especialmente durante la presidencia de Carlos Menem, a convertirse en un partido englobador de los más diversos grupos sociales, como el PRI. Pero es difícil que ello ocurra, salvo en una coyuntura de “posguerra” (o post-hiperinflación) pues en un país con fuerte y antigua composición

urbana como la Argentina, con una sociedad civil bastante organizada, existe una tendencia a que los grupos sociales se dividan según la composición clasista predominante en cada uno de ellos. O sea, es muy difícil, por no decir imposible, que *en el mismo partido* se encuentren los principales grupos organizados de sindicalistas y de patrones. La experiencia internacional comparativa —no la lógica ni el sentido común— así lo sugieren. Otra cosa es que se establezcan alianzas y convergencias o pactos. Otros miembros más recientes de este grupo, aunque periféricamente incluibles en él, son los movimientos dirigidos por Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en el Ecuador. Ha habido otros intentos, al parecer fracasados, como varios en el mismo Ecuador. Más dudosa es la situación de Ollanta Humala en el Perú.

- h) *Partidos social revolucionarios*. En países que están en etapas tempranas de desarrollo capitalista en la periferia, es común que las fuerzas antagónicas al orden existente adopten una ideología socialista radicalizada. En esos casos su estructura de apoyo reside, estratégicamente, en sectores medios e intelectuales, más que en una clase trabajadora autónomamente organizada, cuyo peso relativo es escaso. Las tensiones sociales de todo tipo que operan sobre los niveles medios de estratificación,

en etapas como las señaladas, generan para el fenómeno revolucionario una masa de potenciales reclutas, afectados por su inseguridad o su experiencia de descenso social, con la consiguiente tendencia al extremismo. El resultado es un partido capacitado para la lucha armada, y con férrea organización verticalista. Algo parecido se da en otros países en que las condiciones culturales, o su trayectoria histórica, favorecen una versión fanatizante de una religión tradicional, como el Islam, en vez del marxismo. Pero, por su mayor ligazón a estructuras religiosas tradicionales, esos partidos entran en otra categoría, más cercana a la de los de integración policlasista —modelo (e). Los partidos social revolucionarios, en este continente, se han iniciado con menor homogeneidad ideológica que en los casos paradigmáticos de Rusia y China. En Cuba, en sus inicios, el Movimiento 26 de Julio se parecía más a una expresión algo radicalizada del aprismo, que al modelo social revolucionario. Incluso se puede suponer que, de haber adoptado los Estados Unidos una estrategia más contemporizadora con Fidel Castro, éste se hubiera visto mucho menos precisado de evolucionar según los cánones importados de la Unión Soviética. En otras palabras, el modelo social revolucionario no tiene porqué siempre adoptar la ideología marxista-leninista. Algunos intentos de formar movimientos

de este tipo a partir de facciones populistas, como entre los Montoneros en la Argentina, o el M-19 en sus inicios en Colombia, son un ejemplo de esta posibilidad. Un régimen de origen social revolucionario, si llega al poder, tiende a consolidarse con el predominio de la nueva clase burocrática, y por lo tanto se transforma en algo parecido al modelo policlasista integrador, ejemplificado en el PRI mexicano, pero referido, por supuesto, a las clases post-revolucionarias. Si el movimiento social revolucionario no llega al poder, pero se legitima entrando en la política electoral, es altamente probable que evolucione hacia formas más moderadas, de tipo “aprista” o socialdemócrata, como ocurre con el Sandinismo en Nicaragua, y estaba ocurriendo con el M-19 colombiano y el MAS (Movimiento al Socialismo) venezolano, antes del más reciente eclipse de estos partidos.

- i) *Partidos socialdemócratas*. Este tipo de partido fue creado en Europa, como resultado de la Revolución Industrial y la lenta ampliación del derecho a voto. Se dio una convergencia entre la elaboración ideológica de intelectuales críticos y la lucha económica de los obreros organizados en sindicatos. El Estado, en casi todos los casos, fue ajeno a esta creación, aunque desde temprano trató de encauzarla. En un inicio estos partidos desarrollaron actitudes de fuerte confrontación contra los poderes

gobernantes y contra las clases propietarias, apoyados en una concepción total de lo que podía ser una sociedad ideal. Esto los llevó en coyunturas especiales a intentar salidas revolucionarias, que según la teoría que los inspiraba debían producirse como resultado inevitable de la acumulación de tensiones debidas al mismo crecimiento capitalista. Como es sabido, esos fenómenos revolucionarios sólo tuvieron éxito en países periféricos, donde el desarrollo industrial no estaba muy avanzado, o no se había difundido más que en ciertas áreas minoritarias, o enclaves socioeconómicos. No es extraño, por lo tanto, que en esos casos las fuerzas que generaron el cambio fueran bien diversas de lo que la teoría preveía para los países de mayor avance industrial y cultural. Después de desarrollos tan frustrantes como la degeneración totalitaria de las experiencias de toma revolucionaria del poder, se fue consolidando cada vez más una estrategia alternativa, básicamente moderada, pero con capacidad de representar los sentimientos e intereses de una mayoría de los sectores populares. Bajo esta orientación, los partidos socialdemócratas han adquirido en Europa, Australia y Japón un perfil particular, al que se han plegado lentamente la mayor parte de los partidos comunistas. En América Latina este tipo de partido ha sido difícil de establecer, siendo sus principales ejemplos con raíces históricas el

Partido Socialista de Chile, y el de la Argentina hasta verse reducido a una escasa representación por la emergencia del peronismo. En tiempos más recientes, el conjunto denominado Frente Amplio en Uruguay y el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil se acercan a este modelo. Este grupo de partidos no debe ser confundido con otros, como los “apristas” —punto (f)—, que a menudo han adoptado una ideología socialdemócrata, y se han afiliado a la Internacional Socialista, pero cuya organización básica es distinta, por tener un predominante componente de clase media, y un tipo de liderazgo aún caudillista, mayores que los típicos del modelo ahora analizado. Es muy probable que, como lo señalan los teóricos de la corriente “aprista”, justamente esa diferencia es la que da vigencia y arraigo a los partidos que la componen, y que no sería deseable para ellos reproducir los esquemas cuya eficacia sólo se ha demostrado en países de más alta industrialización. Por la misma causa, sin embargo, podría plantearse la hipótesis de que, con el crecimiento urbano, industrial y educativo de América Latina, las diversas variantes del populismo tenderán a converger hacia un modelo socialdemócrata, a riesgo de desaparecer si no lo hacen.

En esta clasificación, he tratado de evitar las dos tentaciones que han afectado y aún afectan a numero-

sos científicos sociales y periodistas en nuestra región. Una, la más clásica, es la de tomar como “normal” la secuencia histórica europea, que tendría una aberración, el fascismo, y afuera de ella todo serían aberraciones, en particular nuestros populismos. La otra, que cundió hace unas décadas y aún se expresa, aunque con menor virulencia, ha sido la de considerar que en nuestra realidad todo es peculiar y específico, y que por lo tanto las categorías europeas no son aplicables. Ya es tiempo de que, sin negar la existencia de características propias, hagamos una integración y adecuación de ambos puntos de vista. No tiene sentido seguir mirando a la realidad con un solo ojo, porque nos caemos.

## NOTAS

1. Ver Ernest Gellner y Ghita Ionescu, *El populismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970; David Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, Chicago University Press, 1965; Francisco Weffort, *O Populismo Na Política Brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Michael L. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; y su más reciente compilación *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1999. Para una interpretación distinta, pensada sobre todo para países de alto desarrollo, ver Frank Adler *et al.*, *Populismo posmoderno*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
2. *La sociedad: lecciones de sociología*, Buenos Aires, Proteo, 1969, p. 173.
3. A. Hamon, *El socialismo y el congreso de Londres*, p. 60 y 70. Ver también su *Psicología del socialista-anarquista*, donde sostiene que “el socialista anarquista es un *apasionado*”, que

“no puede fluctuar entre dos ideas opuestas: una vez que ha hallado lo que él estima ser verdad, se para y se fija”, y en casos extremos “la no satisfacción *rápida* de los deseos conduce a algunos al suicidio indirecto [...] y, para matarse, matan a los demás” (subrayados del autor, p. 241, 238, 243; ambos libros sin editorial ni fecha). Ver también Telma Kaplan, *Anarchists of Andalusia*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

4. Scott Mainwaring y Eduardo Viola en “New Social Movements, Political Culture and Democracy: Brazil and Argentina in the 1980s”, *Telos*, n. 61, p. 20. Joe Foweraker también diferencia entre las acciones “instrumentales” y las “expresivas, o aún emocionales y heroicas”; las primeras serían negociables, las segundas no. Ver su *Theorizing Social Movements*, Londres, Pluto Press, 1995, p. 42, 51 y 63; y para una complementación antropológica de las características psicológicas, los ensayos contenidos en el libro compilado por Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1996.
5. Moacir Gadotti y Otaviano Pereira, *Pra que PT: origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores*, São Paulo, Cortez Editora, 1989.
6. James Brennan, “Industrialists and ‘Bolicheros’”, en James Brennan, ed., *Peronism and Argentina*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1998, p. 81-82 y 84; Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967, p. 174-5; Eldon Kenworthy, “Did the New Industrialists Play a Significant Role in the Formation of Perón’s Coalition, 1943-1946?”, en Alberto Ciria, comp., *New Perspectives on Modern Argentina*, Bloomington, University of Indiana Press, 1972; Joel Horowitz, “Industrialists and the Rise of Perón: Some Implications for the Conceptualization of Populism”, *Americas*, v. 47, n. 2, 1990; Scott Mainwaring, “The State and the Industrial Bourgeoisie in Perón’s Argentina, 1945-1955”, *Studies in Comparative International Development*, v. 21, n. 3, 1986. Para una opinión opuesta, ver Judith Teichman, “Interest Conflict and Entrepreneurial Support for Perón”, *Latin American Research Review*, v. 16, n. 1, 1981; Cristina Lucchini, *Apoyo empresarial en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Cedal, 1990.

7. Lo que sí puede ser considerado, es representante de la “intelectualidad burguesa” que, según Kautsky, es el actor social que contribuye a la ideologización de un movimiento popular. Ver su artículo sobre el programa del Partido Socialdemócrata austríaco, en *Neue Zeit*, 1901-1902, v. 20, I, n. 3, citado por Lenin en su *¿Qué hacer?*
8. Con esto no estoy adhiriendo a ninguna “teoría de la modernización”, entelequia que adquirió circulación en los años sesenta como forma de ponerle un sambenito a cualquier teoría de cambio social que no fuera de confesión diaria marxista. La modernización es un fenómeno que existe, y no vale la pena evitar su uso sólo para no ser etiquetado con sus interpretaciones simplistas, o con la creencia de que el estudio de la modernización es sinónimo de tomarla como único o principal valor. Eric Hobsbawm, en su “Introducción” a la reedición de una parte de los *Grundrisse* titulada *Formaciones económicas precapitalistas*, 2ª ed., Córdoba, Pasado y Presente, Cuaderno 20, 1971, usa continuamente los términos “desarrollo” (p. 7, 11), “etapas” (p. 26, 44, 46) y “evolución” (p. 7, 8, 19, 26, 27). Con respecto al Marx teórico de la “civilización y barbarie”, es significativa su condena a la represión rusa contra la Insurgencia polaca de 1863, cuando dice que “sólo un gobierno civilizado rigiendo masas bárbaras puede concebir y ejecutar un plan semejante”. Y agrega que Europa está amenazada por “la barbarie asiática bajo conducción moscovita”. Karl Marx, “La misión europea de Polonia”, discurso pronunciado en Londres, 22/1/67, publicado en *Marx y Engels contra Rusia*, selección y presentación de Maximilien Rubel, Buenos Aires, Libera, 1965, p. 116 y 119. Unos años antes, el *Manifiesto inicial* de la Asociación Internacional de Trabajadores, nacida en un *meeting* el 28/9/64, señalaba “las usurpaciones inmensas y sin obstáculo de esta potencia bárbara cuya cabeza está en San Petersburgo” (*ibidem*, p. 104). Puede ser que éstas sean adjetivaciones periodísticas, pero en un contexto más teórico, Friedrich Engels, en un artículo para la *Neue Rheinische Zeitung*, del 20/8/48, planteaba que “las grandes tierras cultivables entre el Báltico y el Mar Negro pueden salvarse de su barbarismo feudal-patriarcal por la revolución agraria que

convertirá a los campesinos —a los siervos y a los trabajadores forzados— en propietarios libres” (*ibidem*, p. 100). Cuando de condenar movimientos populares sin objetivos aceptables se trataba, Marx no ahorra los epítetos. Así, por ejemplo, al describir la rebelión Taiping (que Perry Anderson considera la más importante lucha popular de todo el siglo XIX), Marx sostenía que “para las masas populares [fue] una abominación todavía mayor que los antiguos señores [...], un reino de destrucción grotesca y repugnante”, siendo sus adherentes reclutados entre “los elementos lumpen, los vagabundos y gentes de mala vida” (en Perry Anderson, *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 509 y 514-5). Para descripciones del polo “subdesarrollado” de la tipología, Eric Hobsbawm, *Los campesinos y la política*; Joel Migdal, *Peasants, Politics and Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1974, y Hamza Alavi, *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*, Barcelona, Anagrama, 1976. Un interesante estudio sobre los efectos múltiples y contradictorios del impacto de la modernización en un ámbito subdesarrollado es el trabajo de Robert Wasserstrom, *Class and Society in Central Chiapas*, escrito bien antes de los más recientes eventos en esa región, especialmente p. 212 y Cap. 6. Ver también Maria Isaura Pereira de Queiroz, *Réforme et révolution dans les sociétés traditionnelles*, Paris, Anthropos, 1968, p. 133-4; Daniel Santamaría, “Discurso político e identidad étnica: la multiplicación de cultos pentecostales en el Chaco argentino-paraguayo, 1940-1980”, *Revista Paraguaya de Sociología*, n. 27, 77, enero-abril 1990, p. 83-9. Un estudio del comportamiento religioso en una de las mayores *favelas* de Río de Janeiro, realizada al finalizar los años sesenta por Jean Marie Bombal (inédito), relevó entre sus casi 70.000 habitantes, 2 iglesias católicas, 11 protestantes “históricas”, unas 30 pentecostales, y casi 300 *terreiros de macumba*. Según Mario Fort, que estudió el tema, la inseguridad y pérdida de *status* de los chamanes los llevaba al milenarismo, y lo mismo ocurría con la desorganización social de la tribu, sobre sus integrantes. Según este autor, al producirse etapas más avanzadas de aculturación,

- la protesta toma formas de pentecostalismo, ya que la religión tribal no constituye ya un canal adecuado. Ver su *Milenarismo y conflicto social: los tobas*, Buenos Aires, Cedral, 1989, especialmente p. 5 y 30. Ver también Hugo Chumbita, *Última frontera. Vairoleto: vida y leyenda de un bandolero*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
9. Lo que nunca fue es “estado obrero degenerado”, porque no fue obrero en su estructura de poder, ni siquiera en sus primerísimos tiempos, a pesar de la presencia de masas de ese origen en las calles. Ver Edgar Morin, *De la nature de l'URSS*, París, Fayard, 1983; Charles Bettelheim, *Les luttes de classes dans l'Union Soviétique*, París, Maspero/Seuil, 1974; y Umberto Melotti, *Marx e il Terzo Mondo*, Milán, Centro Studi Terzo Mondo, 1971.
  10. Me aventuro a usar la palabra “atraso” amparándome en la autoridad de Rui Mauro Marini, quien la emplea al decir que “el afán de ganancia se vuelve tanto más desenfrenado cuanto más atrasado es el modo de producción existente”, en *Dialéctica de la dependencia*, p. 12, citado por Juan Carlos Garavaglia, “Introducción”, a Carlos Sempat Assadourian *et al.*, *Modos de producción en América Latina*, Córdoba, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, 40, 1973, p. 11. En caso de no ser suficiente esta autoridad, puedo pasar *per saltum* al mismísimo Engels, quien en su opúsculo “Los bakuninistas en acción” (en Karl Marx y Friedrich Engels, *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 195), dice que “España es un país tan atrasado desde el punto de vista industrial que es imposible hablar siquiera en ella de una emancipación inmediata de la clase obrera. Antes de que pueda llegarse a ello tiene que atravesar España un desarrollo de varios estadios y superar una serie de obstáculos”. Respecto a los efectos de una muy acelerada modernización, en un ámbito básicamente arcaico, y sin adecuados canales de expresión política de las disidencias, el ejemplo clásico es lo que le ocurrió al Shah de Irán. Está claro que en el fenómeno de la movilización social de las masas, y también en el de la formación de elites anti-*status quo*, hay que tener en cuenta variables psicosociales, explicando, cuando se puede, su presencia en base a aspectos de la estructura social, como la incongruen-

cia de *status* o la inseguridad o descenso social, o también de la cultura. Entre esas variables psicosociales figuran en primer lugar los niveles de aspiración, la deprivación relativa o frustración al no alcanzarlos, la agresividad y la violencia generada en tales condiciones. La bibliografía al respecto es inmensa, y sería redundante citarla toda aquí. Una buena introducción al tema es el libro compilado por Louis Masotti y Don Bowen, *Riots and Rebellion*, Beverly Hills, Sage, 1968, con artículos, entre otros, de Leonard Berkowitz, Ted Gurr, John G. White, y Douglas Bwy, este último sobre América Latina; y el clásico volumen compilado por Ted Robert Gurr, *Handbook of Political Conflict: Theory and Research*, Nueva York, Free Press, 1980.

11. Karl Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, v. 55, n. 3, 1961; Gino Germani, *Sociedad y política en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
12. Adam Smith, *The Wealth of Nations* (1776), citado en Donald Winch, *Adam Smith's Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 117.
13. Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1978, esp. p. 69-84; J. P. Nettl, *Political Mobilization: A Sociological Analysis of Methods and Concepts*, New York, Basic Books, 1967, p. 107-20. Germani no hace la distinción entre movilización social y política, por no considerarla necesaria. Yo la hago para evitar confusiones terminológicas.
14. Laclau agrega que según Althusser, "la ideología 'actúa' o 'funciona' de manera tal que 'recluta' sujetos entre los individuos o 'transforma' a los individuos en sujetos, precisamente por la operación que he llamado interpelación o llamado, y que puede imaginarse como similar a lo que hace un policía (u otro) cuando grita '¡Oiga, usted, ahí!'". Según este autor, las interpelaciones pueden dividirse en clasistas y popular-democráticas, siendo estas últimas la base del populismo. Ernesto Laclau, "Towards a Theory of Populism", en su obra *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, New Left Books, 1977, p. 100-1.

15. El concepto de puesta en disponibilidad es también usado por Reinhard Bendix, *Nation Building and Citizenship*, 2 ed., Berkeley, University of California Press, 1977, p. 428; Juan Linz, “Cinco siglos de historia española: cuantificación y comparación”, especialmente p. 209-210, en David Landes *et al.*, *Las dimensiones del pasado*, Madrid, Alianza, 1974; Joel Migdal, *Peasants, Politics and Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1974, p. 13-4, para quien “la movilización social es la ruptura de antiguos compromisos sociales, económicos y psicológicos”.
16. Para citar sólo algunos datos sueltos, en Alemania los obreros del carbón en el Ruhr pasaron de 12.700 en 1850 a 51.400 en 1870 y a 127.800 veinte años después, para alcanzar los 394.600 en 1913. En la ciudad de Birmingham, gran centro industrial, la población total pasó de 147.000 en 1831 a 300.000 en 1865. En países de la periferia los incrementos son mucho mayores, por ejemplo San Pablo pasó de tener 25.000 habitantes en 1870 a 239.800 en 1900, y algo parecido ocurrió en las mayores ciudades argentinas. Ver Barrington Moore, *Injustice*, White Plains, N.Y., M.E. Sharpe, 1978, p. 235 y 255-7; Denis Judd, *Radical Joe*, p. 24; David James *et al.*, comps., *The Centennial History of the Independent Labour Party*, Halifax, Gran Bretaña, Rayburn Academic Publications, 1992, donde hay varios estudios sobre el movimiento obrero en Bradford (p. 95-178); José Casalecchi, *O Partido Republicano Paulista*, São Paulo, Brasiliense, 1987, p. 27; y Rinaldo Rigola, *L'evoluzione della CGL*, Florencia, Edizioni Critica Sociale, 1921
17. Según Arturo Escobar y Sonia E. Alvarez esta multiplicidad de alternativas políticas sería un fenómeno novedoso inclusive en países de mayor desarrollo. Afirman que “una era que estaba caracterizada por la división del espacio político en dos campos claramente demarcados (la burguesía y el proletariado) queda atrás. En la nueva situación, una multiplicidad de actores sociales establece su presencia y sus esferas de autonomía en un espacio social y político fragmentado”. Ver su “Introduction: Theory and Protest in Latin America Today”, a una obra compilada por ambos, *The Making of Social Movements in Latin America*,

Boulder, Westview Press, 1992, p. 3; y Tilman Evers, "Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America", en David Slater, comp., *New Social Movements and the State in Latin America*, Dordrecht, Holanda, Foris Publications/CEDLA, 1983, quien argumenta que los nuevos movimientos sociales no deberían incorporarse a partidos políticos obreros o socialistas existentes, para no desnaturalizar sus objetivos. En realidad, prácticamente nunca en el pasado hubo dos campos claramente demarcados, a saber, burguesía y proletariado, aunque sus militantes y aún sus teóricos pueden haber creído que ésa era la situación. Menos que nunca era ésa la situación durante las revoluciones rusa, china o cubana, puesto que del otro lado de la burguesía había una coalición con sectores de las clases medias y la *intelligentsia*, que luego tomaron la dirección de la nueva sociedad, generando una clase social dominante ajena tanto a la burguesía como al proletariado.

18. En condiciones de primer impacto del desarrollo capitalista en sociedades tradicionales, las posibilidades son máximas para la formación de elites de este tipo, de la misma manera que lo son para la generación de masas movilizadas. Cada uno de estos dos componentes de la convergencia caudillista movilizadora, o populista (eventualmente revolucionaria), obedece, de todos modos, a factores distintos. Ver Gláucio Dillon Soares, "The Politics of Uneven Development: The Case of Brazil", en S. M. Lipset y S. Rokkan, comps., *Party Systems and Voter Alignments*, New York, Free Press, 1967, y su trabajo en colaboración con Robert Hamblin, "Socio Economic Variables and Voting for the Radical Left: Chile 1952", *American Political Science Review*, v. 61, n. 4, 1967.
19. Ian Roxborough, "The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories", *Bulletin of Latin American Research*, v. 1, n. 1, octubre 1981.
20. Hay que agregar a la simple correlación clasista la influencia de la opinión pública, y tener en cuenta los muchos factores que propenden a la volatilidad del voto, como sostiene Manuel Mora y Araujo, *El poder de la conversación*, Buenos Aires, La Crujía, 2005.

21. Rolando Franco, *Tipología de América Latina*, Santiago de Chile, Ilpes, serie II, Anticipos de Investigación, n. 17, 1973; Ruth Berins Collier y David Collier, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1991; J. Samuel Valenzuela, "Movimientos obreros y sistemas políticos: un análisis conceptual y tipológico", *Desarrollo Económico*, v. 23, n. 91, 1983; Richard Gott, comp., *Guide to the Political Parties of Latin America*, Middlesex, Penguin Books, 1973; Jean-Pierre Bernard *et al.*, *Tableau des partis politiques en Amérique du Sud*, París, Armand Colin, 1969; Liliana de Riz, "Política y partidos. Un ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay", *Desarrollo Económico*, v. 25, n. 100, 1986.